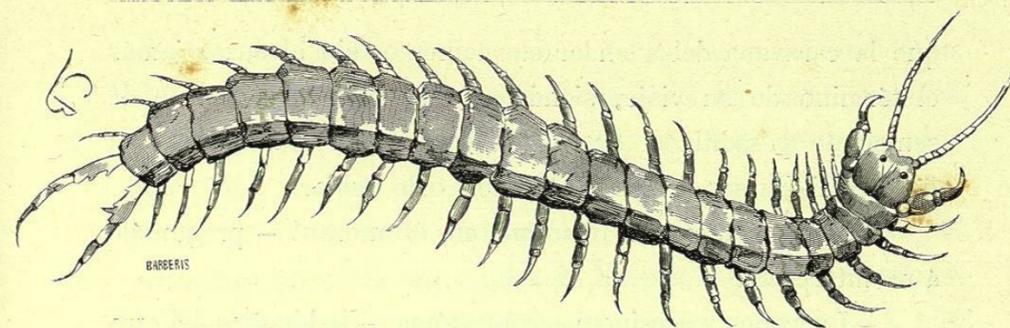


La escolta de Karia-el-Abbassi contestó con una descarga cerrada y desapareció; pero durante algunos instantes pudimos contemplar todavía, envuelta en nubes de humo, la hermosa figura blanca del gobernador levantándose sobre los estribos, con el brazo extendido hacia nosotros en señal de despedida y afectuosa amistad.

Acompañados, pues, únicamente por la escolta de Fez, penetramos en la tierra tristemente famosa de los Beni-Hassen.



Cienpiés

BENI-HASSEN

DURANTE más de una hora anduvimos al través de una dilatada llanura, en cuyos campos crecía la cebada con gran vigor y lozanía, de suerte que sólo asomaban por encima de la misma, aquí y allá, la cabeza de un camello, la parte superior de alguna tienda negruzca, y las nubes de humo que en torcidas espirales escapábanse del interior de éstas. Á cada paso veíamos que atravesaban rápidamente el sendero que seguíamos, escorpiones, lagartos y serpientes. El calor era tan intenso, que bastó aquel breve espacio para que las sillas se pusieran calientes, hasta el punto de no poder tener en ellas la mano. Los rayos del sol nos ofendían la vista, el polvo nos ahogaba, y por lo tanto, no hay para qué decir que nadie desplegaba los labios. La llanura ilimitada que ante nuestras miradas se extendía, producíame una impresión terrible, pues me hacía imaginar

que la caravana debía andar eternamente, sin alcanzar jamás el término de su viaje, siendo sólo poderoso á librarme de semejante pesadilla el deseo de llegar cuanto antes á aquel fiero Beni-Hassen de que tanto había oído hablar.

—¿Qué gentes son las que en él moran?— preguntéle á un intérprete.

—Ladrones y asesinos:— contestóme,— habitantes del otro mundo: lo peor de Marruecos.

Y yo dirigía investigadoras miradas al horizonte.

Los habitantes del otro mundo no se hicieron esperar mucho tiempo.

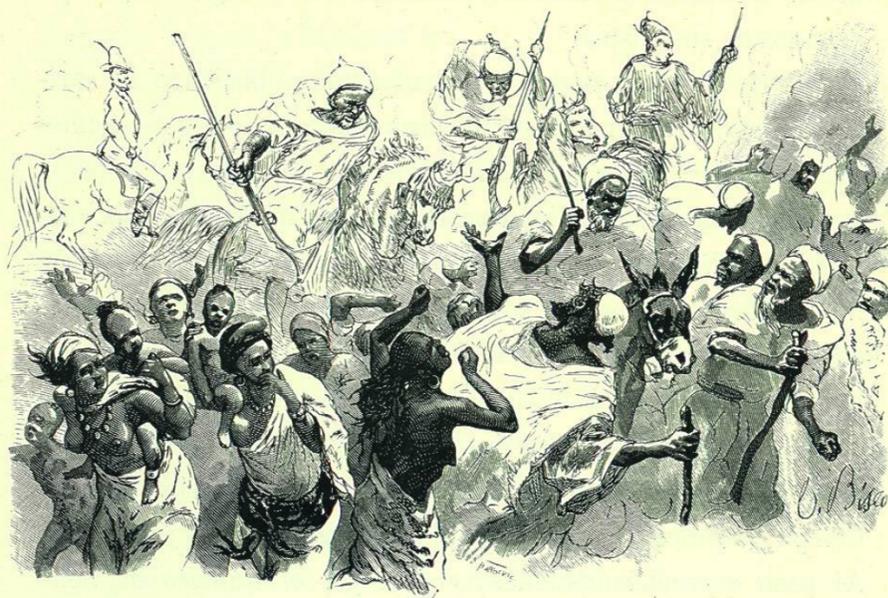
Á lo lejos, y por el mismo camino que nosotros llevábamos, distinguimos una densa polvareda, y al cabo de breves instantes vímonos rodeados por una turba compuesta de trescientos salvajes á caballo, verdes, amarillos, rojos, blancos, violados, andrajosos, desgñados, jadeantes cual si vinieran de una terrible refriega. En medio del espeso polvo que nos envolvía, logramos distinguir á su gobernador, una especie de gigante con largo pelo y luenga barba negra, y á dos vicegobernadores entrecanos, que, armados como él de espingardas como lanzas, se acercaron al embajador, le estrecharon la mano y desaparecieron con la velocidad del rayo. Inmediatamente comenzaron las carreras y las descargas, los gritos y los aullidos. Parecían endemoniados. Soltaban cada tiro que temblaba el mundo, y para más obsequiarnos, disparábanlos entre las patas de nuestras cabalgaduras, sobre nuestra cabeza y rozándonos las espaldas. De fijo que el que de lejos los hubiese contemplado, habríalos creído una banda de asesinos que nos hubiese asaltado. Allí había viejos formidables con luengas barbas blancas, todo huesos y pellejo, pero que parecían hechos para vivir un siglo y otro siglo: veíanse también

jóvenes con largos mechones de cabello negro que ondeaban al viento como flotantes crines. Muchos llevaban desnudos el pecho, los brazos y las piernas, sin más traje ni otro arreo que un mal turbante hecho de cintas y andrajos, un jaique primo hermano del turbante, una silla que si lo fué un tiempo ya no lo era, bridas de cuerda, y gumías y puñales de las formas más extrañas que se pueden imaginar. ¿Y qué diremos de sus rostros?

—Es absurdo,— decía el comandante, haciendo la caricatura de don Abundo,— es absurdo suponer que estas gentes puedan hacer el sacrificio de no matarnos.

Cada uno de aquellos rostros expresaba una historia sangrienta. Mirábanos de soslayo al pasar, cual si hubiesen tratado de ocultarnos la expresión de su rostro. De los trescientos la tercera parte marchaba detrás de nosotros, y los restantes una mitad á cada lado, pero diseminados por la campiña á grandes distancias. Semejante guardia lateral era para nosotros cosa nueva; pero sin que transcurriera mucho tiempo pudimos convencernos de que estaba bien justificada. Al paso que adelantábamos, era mayor el número de tiendas que por aquellos campos descubríamos, tanto que no tardamos en encontrarnos rodeados de verdaderas aldeas sembradas de chumberas y pitas. De todas esas tiendas brotaban árabes, sin más vestido que una simple camisa, que se acercaban en grupos, á pie, á caballo, sobre el lomo de jumentos, dos y hasta tres en una sola cabalgadura; las mujeres con chiquillos suspendidos á sus espaldas; los viejos sostenidos por los muchachos, todos afanosos, preocupados con la idea de vernos y tal vez de algo más que de vernos. Poco á poco tuvimos una inmensa muchedumbre en derredor. Entonces los soldados de la escolta comenzaron á separarlos, para lo

cual no hacían más que galopar de un lado para otro hacia aquellos grupos, aullando, repartiendo palos, derribando jinetes y cabalgaduras y lanzando unos y otros rugidos y maldiciones. Mas los grupos dispersos se rehacían y continuaban acompañándonos sin dejar de correr. Á través del humo y del polvo, iluminados por los fogonazos de las descargas,



Rechazando á los curiosos

veíamos desparramados en la inmensidad de aquellos campos dilatadísimos, tiendas, caballos, camellos, cabezas de ganado, grupos de pitas, columnas de humo, multitud de gentes que nos contemplaban, inmóviles y en ademán de sorpresa. ¡Por fin nos encontrábamos en un país habitado! Es decir, que no era una fábula; que realmente existía esa población de Marruecos. Al cabo de una hora de andar á paso redoblado, encontrámonos de nuevo en una campiña solitaria, sin más acompañamiento que la escolta; y recorrida otra milla corta,

después de haber salvado una gran mancha de chumberas, experimentamos el placer, siempre grato y entonces inesperado, de ver ondear la bandera italiana en el centro de nuestra ciudad movable, de la cual estaban levantándose las últimas tiendas en aquel instante.

El campamento se hallaba sobre la orilla del Sebú, que describe un arco inmenso desde el sitio en que lo habíamos pasado hasta aquel en el cual nos encontrábamos.

Un verdadero cordón de centinelas á pie, armados de espingardas, se extendía en derredor de las tiendas.

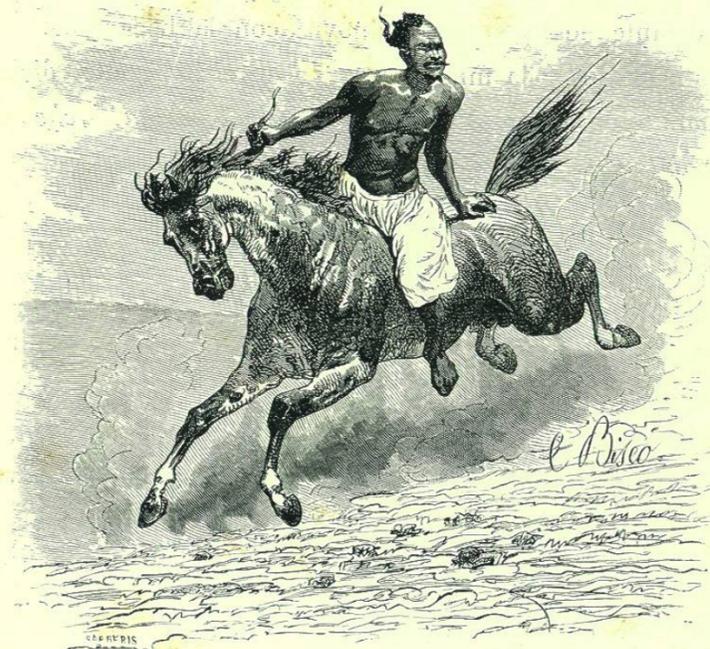
En suma, el país realmente ofrecía peligro.

Si me hubiese quedado alguna duda, habríamela desvanecido lo que respecto del asunto pude averiguar.

Y lo que averigüé es que los Beni-Hassen son el pueblo más turbulento, más audaz, más levantisco y más ladrón de cuantos existen en el valle del Sebú. Su última hazaña fué una sangrienta revuelta llevada á cabo en el verano de 1873, al subir al trono el Sultán reinante, la cual empezó saqueando la casa del gobernador, á quien dejaron materialmente con lo que llevaba encima, pues por robar, le robaron hasta las mujeres. El robo constituye su principal ocupación. Reúnense á bandadas á caballo y armados, y hacen correrías al lado allá del Sebú ó por comarcas vecinas, robando cuanto pueden llevar consigo, y matando, por vía de precaución, todo aquello de que no pueden apoderarse. Están reglamentados, tienen sus jefes, sus leyes, su derecho, reconocido hasta cierto punto, y en cierto modo por el mismo gobierno, el cual, en determinadas circunstancias, por ejemplo cuando trata de recobrar lo que le ha sido robado, los emplea en su servicio. Roban por vía de impuesto forzoso. La gente víctima de un robo, en lugar de perder el tiempo en investigaciones y pesquisas,

recupera lo que fué suyo; pagando una cantidad convenida al jefe de los ladrones. En cuanto á los muchachos, es cosa unánimemente convenida que deben ser ladrones. Si en la empresa recogen una bofetada que les derriba las muelas, ó una pedrada que les parte la cabeza, no hay más que aguantarse y callar; pues ya se sabe que nadie consiente en dejarse robar así como quiera: á más de que, son gajes del oficio, pues dice el adagio, y dice muy bien, que no hay rosa sin espinas. Los padres lo confiesan ingenuamente: un chiquillo de ocho años produce muy poco; uno de doce, ya da algo; pero el gran qué es uno de diez y seis. Cada ladrón tiene su especialidad: unos se dedican al trigo; otros al ganado vacuno; los de más allá á los caballos; cual es ladrón de mercado, cual de aduar, cual da la preferencia al oficio de salteador de caminos. Hasta los hay que recaudan un impuesto fijo de las mujeres que hacen comercio de su cuerpo, género que abunda más de lo que á primera vista podría imaginarse, aun en aquellas tribus vagabundas. En los caminos asaltan principalmente á los judíos, por lo mismo que saben que no han de defenderse, por estarles prohibido el uso de armas. Pero la especialidad para la cual sienten más predilección es la del robo de aduar. En esto son águilas; no hay quién les iguale, no sólo en Beni-Hassen, sino en todo Marruecos. Roban á caballo, consistiendo el primor del arte más bien que en la habilidad, en la rapidez; más bien en no dejarse coger con las manos en la masa, que en no dejarse ver mientras se anda en el fregado. Pasan, agarran y desaparecen, sin dar tiempo á las gentes para que les reconozcan. Son hurtos al vuelo, fulmíneos, verdaderos juegos de prestidigitación ecuestre. No es esto decir que no roben también á pie, y que no sean en ello maestros. Introdúcense des-

nudos en un aduar, porque saben que los perros no aullan á los hombres desnudos; jabónanse todo el cuerpo, porque de esta suerte si les cogen se escurren como una anguila; y pónense debajo del brazo un haz de hierba, para que los caballos, tomándolos por árboles, no se asusten. Los caballos son el bocado más apetecido. Sáltanles encima, se aferran



Ladrón á caballo

al cuello, cruzan sus piernas por debajo del vientre, y así emprenden una carrera como si les llevara el mismísimo demonio. Su audacia es increíble. No hay campamento que esté á cubierto de sus estratagemas, aun cuando se trate del de un bajá y la vigilancia sea lo más exquisito que se puede suponer. Se arrastran, se aguzan, se hacen un ovillo, y cubiertos de hierba, de paja, de hojarasca, vestidos con pieles de ovejas, fingiéndose mendigos, enfermos, locos, sol-

dados, santones, arriesgan la vida por un pollo y andan diez millas por un escudo. Han llegado hasta el extremo de robar saquitos de moneda de debajo de las almohadas en que estaba durmiendo un embajador. Aquella noche, á pesar de la exquisita vigilancia del cordón de centinelas, robaron un carnero que estaba atado junto al lecho del cocinero, que al advertir el hurto en cuanto se levantó al otro día, se estuvo media hora delante de la tienda, inmóvil, con la boca abierta, los brazos cruzados y la mirada clavada en el horizonte, diciendo de cuando en cuando: — ¡Ah! ¡madona santa! ¡che pais! ¡che pais! ¡che pais!

He pronunciado la palabra aduar. Es imposible hablar de Marruecos sin describirlos; y lo puedo hacer tanto mejor cuanto que, á lo que ví por mí mismo, puedo añadir las noticias que me proporcionó el señor Morteo, que hace veinte años vive entre ellos.

Mas antes juzgo del caso decir algunas palabras relativas á dicho señor Morteo, indudablemente uno de los seres más singulares que existen. Nacido en Génova, joven aún, casado con una señora inglesa, padre de dos niños lindísimos y suficientemente rico para poder vivir espléndidamente en cualquiera de las poblaciones más importantes de Europa, ha preferido establecerse en la insignificante ciudad de Mazagán, en la costa del Atlántico, á doscientos kilómetros de Marruecos, en medio de los árabes y de los moros, consagrándose exclusivamente á su familia y á sus negocios mercantiles, se pasa meses y meses sin verle la cara á un cristiano, y sin conservar con el mundo civilizado otras relaciones que las que da de sí el ser suscriptor á dos periódicos ilustrados. Muy de tarde en tarde se da una vuelta por

Francia ó Italia; mas apenas llegado se le cae encima, y desde el palco de la Ópera, ó de la butaca de la Scala, suspira por su casa morisca que bañan las olas del Océano; por sus ganados, por sus aduares, por la vida tranquila é ignorada de su segunda patria africana. En este país donde, hace poco tiempo, un agente consular de Francia, acometido de intensa melancolía, acabó por perder la razón, y otro intentó enterrarse vivo en las arenas de la playa, él no ha tenido ni siquiera lo que se llama un solo día de *spleen*. Habla el árabe, come á lo árabe, vive entre los árabes, los estudia, los ama, los defiende; ha contraído alguno de sus defectos y varias de sus buenas cualidades; y en resumen, sólo le queda de europeo la familia, el vestir y la pronunciación genovesa. Con todo esto, difícilmente habría podido encontrarse otro más amablemente italiano que él lo estuvo con nosotros desde el primero al último día del viaje. Intérprete, intendente, guía, compañero, hízose querer de todos y á todos fué por demás útil, sin que nadie disintiera de él más que en un solo punto, y es, en que nosotros deseábamos para Marruecos la civilización, y él opinaba que sus beneficios habían de hacer aquel país dos veces más triste y cuatro tantos más infeliz; siendo preciso convenir en que, si bien andaba engañado, más de una vez nos sentimos inclinados á darle la razón. Y ahora que conocemos al señor Morteo, hablemos del aduar.

Hállase éste formado generalmente por diez, quince ó veinte familias, entre sí enlazadas por más ó menos estrechos vínculos de parentesco, cada una de las cuales vive en una tienda de su propiedad. Éstas se hallan establecidas en dos líneas paralelas, á la distancia una de otra, de treinta

pasos próximamente, de suerte que en medio de ellas queda un espacio ó plazoleta rectangular abierta por ambos extremos. Dichas tiendas son casi todas iguales. Consisten en un gran pedazo de cierta burda estofa, negra ó color de chocolate, tejida con hojas de palmito y pelo de cabra y de



Un aduar

camello, sostenida por dos palos ó recias cañas, unidas entre sí por medio de una tercera, horizontal, que constituye el techo. Su forma es exactamente la misma que tenían las de los nómadas de Yugurta, de las cuales decía Salustio que parecían una nave volcada, con la quilla hacia arriba. Durante el otoño y el invierno, la tela se deja caída hasta el suelo, manteniéndola fija por medio de cuerdas y estacas, de manera que no pueden penetrar en el interior ni el viento ni el agua.

En las otras estaciones se levanta aquélla por ambos lados hasta determinada altura, á fin de que pueda circular el aire, quedando protegida por una pequeña cerca de juncos, cañas y zarzales secos. Con este sencillo procedimiento las tiendas resultan más frescas en verano y menos incómodas en invierno que las mismas casas de las ciudades árabes, que, como es sabido, carecen de puertas y de vidrieras. La altura máxima de una tienda es de dos metros y medio, y su mayor longitud, la de diez metros; las que pasan esos límites, pertenecen á algún jeque opulento y son raras por todo extremo. Una pared de juncos divide la tienda en dos partes iguales: en una de ellas duerme el padre y la madre, en la otra los hijos y demás de la familia. Una ó dos esteras de mimbres; un arcón de madera, pintado de vivos colores y formando varios dibujos, en el cual guardan la ropa; un espejillo redondo, de Trieste ó de Venecia; un elevado trípode formado de cañas, que cubren con un jaique para lavarse debajo de él; dos piedras para moler el grano; un telar que no ha cambiado lo más mínimo de los que se usaban en tiempo de Abraham; un tosco candil, algunos cachivaches de tierra, algunas pieles de cabra, algunos platos, una rueca, una silla de montar, una espingarda y una gumfa, constituyen todo el menaje de una de estas casas. En un ángulo se ve una clueca con su pollada; delante de la puerta una hornilla hecha con dos ladrillos; á uno de los lados el huertecillo; un poco más lejos algunos hoyos redondos revestidos de piedras ó de cemento, en los cuales conservan el trigo. En todos los grandes aduares es casi seguro encontrar una tienda algo separada de las restantes, en la cual se halla establecido el maestro de escuela, al cual satisface el aduar cinco pesetas al mes, amén de las vituallas y demás artículos á la vida necesarios. Todos los